

Nina S. de Friedemann: autodidacta de alta peligrosidad política

Jaime Arocha Rodríguez

En 1997, el antropólogo inglés Peter Wade emitió un veredicto severo: la obra de Nina S. de Friedemann hacía parte de un conjunto mayor de trabajos caracterizados por un bajo rigor científico y una alta peligrosidad política (Wade 1997: 19). La antropóloga que hoy homenajeamos se hizo acreedora de ambos calificativos por lo arriesgado de las comparaciones que planteó en cuanto al puente África-América, y por estudiar el origen y evolución de las culturas afrocolombianas a la luz de una noción de su autoría: la de las huellas de africanía.

Wade acertó en su diagnóstico: si Nina de Friedemann se hubiera adherido a los cánones de rigor que dicta la academia noratlántica, su imaginación jamás habría alcanzado el vuelo que la hizo capaz de proponer hipótesis tan arriesgadas como la referente a la hermandad entre las danzas de congos del carnaval de Barranquilla y los cabildos de negros insumisos en la Cartagena de Indias del siglo XVII y, de ese modo, sentar las bases para elaborar el hoy ya extenso catálogo de las formas no ortodoxas de resistencia contra la esclavización. Tampoco se habría permitido las alturas que le dieron vida al nuevo género literario que el poeta colombiano Jose Luis Díazgranados denominó *cuentos sin ficción*. Ahora bien, ella sí ejerció su oficio a lo largo de tres ejes poco gratos para el orden político-económico que hoy continúa consolidándose al amparo del neoliberalismo y la apertura económica. Esos ejes son: el compromiso antropológico con los pueblos en alto riesgo de ser aniquilados; el empeño por demostrar que las memorias de África siguen moldeando el presente de los afrodescendientes, y la urgencia cotidiana de profundizar los diálogos sur-sur.

ANTROPOLOGÍA CRÍTICA

El primero de esos puntales también ha recibido el nombre de «antropología crítica», debido a que se basa en un ejercicio que —sin renunciar al rigor de la comprobación empírica— se niega a aceptar tanto la neutralidad valorativa

y política tan propias del relativismo cultural, como los extremos de oscurantismo que puede alcanzar el léxico científico. A finales del decenio de 1960, el mundo entero se estremeció con la noticia de que, en la Orinoquia colombiana, varias familias de indígenas cuivas habían sido masacradas e incineradas, después de que un colono las invitara al hato de la Rubiela para una celebración de comida y licor. Tan aberrante como el genocidio, fue la noción que esgrimió el abogado defensor de los homicidas: en esos parajes no se consideraba delito el matar indios. Ante semejante horror, de Friedemann trató de que el Instituto Colombiano de Antropología formulara una condena pública e indignada por la masacre de La Rubiera. Sin embargo, casi todos los miembros de esa institución prefirieron refugiarse en la torre de marfil que les delimitaba su concepción acerca de la objetividad científica. Entonces, ella reaccionó impulsando la formación de la Sociedad Antropológica de Colombia, con el propósito de congregar a quienes consideraban que frente a esa u otras coyunturas comparables, resultaba indiscutible el asumir posiciones diáfanas contra el etnocidio. A lo largo del decenio de 1970, el órgano de esa Sociedad—*Micronoticias antropológicas*—llegó a ser termómetro de la violación de los derechos humanos de los pueblos étnicos.

Y ante el unanimismo político que caracterizó a la democracia restringida que imperaba por esos años, *Micronoticias* también sirvió de válvula excepcional a formas de disenso que se negaban a aceptar políticas tan arbitrarias como las que desarrolló el mismo Instituto Colombiano de Antropología en cuanto a la congelación de programas como los de las estaciones de investigaciones del Caribe y de Cravo Norte. Ese cambio radical buscaba favorecer la reconstrucción acelerada y poco profesional de monumentos arqueológicos de la civilización tairona en la Sierra Nevada de Santa Marta, a los cuales se les dio el nombre de *Ciudad Perdida*.

La implacabilidad de la crítica que ejercieron de Friedemann y sus más cercanos colegas no pasó desapercibida y en 1979, la Cámara de Representantes inició debates sobre los manejos ejercidos por los directores tanto del Instituto Colombiano de Cultura, como del de Antropología. La revancha no se hizo de esperar y se llevó a cabo de acuerdo con el estilo de aquellos aristócratas para quienes es intolerable la discrepancia ejercida por quienes figuran en su visión de inferiores. Así, el 3 de noviembre de 1979, cuando los investigadores del Icán llegaron a retirar los cheques por lo que habían devengado durante su último período de trabajo, hallaron que junto a la nómina también debían firmar una carta adhiriéndose a la gestión del Director. Vaticinando el costo de su integridad, de Friedemann me pidió que de inmediato la acompañara a su oficina para comenzar a empacar sus libros. Se le anticipó así a aquel minúsculo funcionario para quien obsecuencia y lealtad eran sinónimos. Con la frente muy en alto, sin derramar una sola

lágrima, abandonó el recinto que desde sus años de estudiante la había visto convertirse en analista de la diversidad cultural.

Esos años de 1960 y 1970, inauguraron una militancia abierta contra todas las formas de integracionismo y asimilacionismo, ya fuera de la gente india o negra. Otros antropólogos posmodernistas contemporáneos desdennan su pensamiento radical por su supuesto esencialismo. Si ella se hubiera adherido a las ideas de ellos sobre mestizaje e hibridación, hoy figuraría en sus altares. No obstante los halagos de esta forma de poder, de Friedemann optó por plasmar lo que figura en aquella publicación que hizo junto con el historiador Juan Friede y el antropólogo Darío Fajardo —*Indigenismo y aniquilamiento de indígenas en Colombia*¹—. El libro en mención muestra el carácter pionero de la noción de autonomía étnica en la cual ella creyó, así como las raíces tempranas de aquellos artículos de la constitución colombiana de 1991 que hacen visibles los derechos territoriales y políticos de los pueblos étnicos de ese país.

La antropología crítica de Friedemann se agigantó mediante trabajos etnográficos entre comunidades de mineros-agricultores afrodescendientes del litoral Pacífico, quienes sufrían la pérdida de sus territorios a manos de multinacionales de la minería industrializada, como la Chocó Pacífico. Entonces, se propuso ampliar el impacto de su ahora clásico trabajo sobre la organización social de los mineros-agricultores del río Güelmambí (Departamento de Nariño) —*Minería y descendencia en el litoral Pacífico colombiano*²— mediante exhibiciones fotográficas itinerantes, películas etnográficas y los cuentos sin ficción. Se trata de historias que no obstante el ser fieles a la realidad, están permeadas de metáforas poéticas, humor, amor, y coloridos destellantes de olimpos encantados. En dos publicaciones que presentan amplios panoramas culturales colombianos —*Herederos del jaguar y la anaconda*³ y *De sol a sol*⁴— tuve el privilegio de compartir la búsqueda que ella profundizó en trabajos como *Chocó, magia y leyenda*⁵ (escrito con el poeta Alfredo Vanín e ilustrado mediante fotografías de Diego Samper), *Críele, críele son*⁶, *La saga del negro: presencia africana en Colombia*⁷ y *Fiestas: celebraciones y ritos en Colombia* (con fotografías de Jeremy Horner)⁸.

1 1981. Bogotá: Cooperativa de profesores de la Universidad Nacional de Colombia.

2 1974. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

3 1982, 1985. Bogotá: Carlos Valencia Editores.

4 1986. Bogotá: Planeta editorial colombiana.

5 1992. Bogotá: Eternit de Colombia.

6 1991. Bogotá: Planeta colombiana editorial.

7 1993. Santafé de Bogotá: Instituto de Genética Humana, Facultad de Medicina, Pontificia Universidad Javeriana.

8 1995. Santafé de Bogotá: Villegas editores.

Por todos estos medios, contribuyó a formar una conciencia nacional — quizás precaria aún hoy en día— de las formas tan particulares que en Colombia ha tomado la discriminación socioracial —para ella— antesala de la violencia que hoy parece imparable. Así, sostuvo que la invisibilización y la estereotipia han sido tan incisivas como la segregación racial en lo que respecta a la negación de derechos políticos de los afrodescendientes, o que la noción de mestizaje ha sido empleada para ocultar el valor político de la disidencia político-cultural o el potencial subversivo que durante la colonia tuvo la insumisión étnica⁹.

La corrección de estas distorsiones históricas consiste en una de las aspiraciones fundamentales de la reforma constitucional de 1991. Por primera vez en la historia colombiana, una carta política hizo visible la diversidad de los afrocolombinos y los dotó de instrumentos legales para hacer valer aquellos derechos territoriales y políticos a los cuales accederían bajo el manto de la supuesta igualdad que consagraba la anterior constitución, pero que negaba la cotidianidad del capitalismo voraz. Quienes en representación de las organizaciones de la base ejercieron la presión necesaria para que se implantaran semejantes cambios, siempre han reconocido que su lucha se cimenta sobre los resultados de las investigaciones de de Friedemann, pero —en especial— sobre sus convicciones éticas y políticas.

HUELLAS DE AFRICANÍA

La segunda línea pedagógica que guió el ejercicio profesional de de Friedemann fue la referente a la persistencia de las huellas de africanía. Se interesó por ella a partir de un viaje que hizo con su padre ingeniero por el río Magdalena. Sus puertos le mostraron la vitalidad de la gente negra que jamás dejó de explorar. Sin embargo, fue en el archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina donde descubrió que semejante vitalidad estaba moldeada por las historias de un ser excepcional llamado Anancy, Miss Nancy o breda Nancy (brother Nancy). Con las imágenes de esta araña, deidad embaucadora, crecían y crecen no sólo los niños fanti, ashanti y añi, entre otros hablantes de las lenguas de la familia akán de Gana, sino los de todo el Caribe insular y continental. Por si fuera poco, (Friedemann y Vanín

9 Véanse Friedemann, Nina S. de. 1984b). "Estudios de negros en la antropología colombiana". En: Arocha, Jaime y Friedemann, Nina S. de (Eds.). *Un siglo de investigación social: Antropología en Colombia*, pp. 507-572. Etno, Friedemann, y Arocha. 1995. *No Longer Invisible: Afro-Latinamericans Today*. Bogotá, Colombia.

1991: 190) también descubrió en el Chocó que uno de los mayores anhelos de su amigo Pío Perea

[...] era poder caminar sobre el agua como Anansi. Entonces, con mis amiguitos conseguimos la oración de Anansi para convertimos en arañas y poder pasar de un cuarto a otro en las casas que eran de tabla. Yo, de acólito, de sacristán tenía que aprenderme muchas oraciones. En un santiamén aprendí la de Anansi. Decían que en Semana Santa las oraciones eran más efectivas. Entonces, nos íbamos varios niños al San Juan, al mediodía y uh, a las 12 de la noche, nos zambullíamos en el agua y abajo rezábamos tres veces con potencia, sin respirar, sin salir a la superficie:

¡Oh, divina Anansi,
préstame tu poder!
para andar como tú
sobre las aguas del río,
sobre las aguas del mar,
oh, divina Anansi

Rememorando ese encuentro con Perea, de Friedeman me habló más de sus percepciones:

Pío se dirigía a Anansi de cerca. Como se hace con las deidades africanas, sin intermediarios. Se reía y sonreía porque, pese a recitar la invocación, sabía muy bien qué se estaba guardando para sí mismo: el secreto. Es el poder del legado africano.

Hoy, quienes también nos hemos topado —con el nombre de Ananse— a esa araña astuta e insumisa en las selvas del valle del río Baudó, más nos convencemos del logro fenomenal de las memorias de africanía y de que la obra de de Friedemann es antorcha indispensable para iluminar la vía mitológica que seguirá develando la arquitectura del puente que une a África con América.

En ese ámbito del recuerdo, otra contribución significativa fue la de la descripción y análisis de las pervivencias bantúes en el Palenque de San Basilio. La obra que formula el respectivo diagnóstico —*Ma Ngombe: guerreros y ganaderos en San Basilio de Palenque*¹⁰— sin duda delinea lo que para Wade también deben ser peligrosas opciones políticas por consistir en municiones adicionales en pro de la unidad entre África y América. Hacen referencia, en primer lugar, a un habla basada en el kikongo y lexificada en español que sirvió de vehículo a la insumisión contra la esclavitud; en segundo lugar, al sistema de organización social por mitades y grupos de edad de ascendencia africana —*cuagros*— y, en tercer término, a aquellos ritos fúnebres cuyos cantos —llamados de *Lumbali*— hablan de los caminos que deben tomar las almas para regresar a Luango y Angola.

10 1979. Bogotá: Carlos Valencia Editores.

Manteniendo con tosudez la controvertida hipótesis de que la resistencia cimarrona tenía múltiples espejos en los carnavales del Caribe continental, se dio a estudiar las danzas de negros congos. En su libro *Carnaval en Barranquilla*¹¹, demostró que esas comparsas también se emparentaban con los cabildos coloniales de negros de Cartagena de Indias y que, además, mantenían los atuendos reales que habían descrito cronistas del siglo XVII para los mandatarios kikongo.

Siempre hizo caso omiso de las críticas de quienes consideraban exageradas sus visiones sobre la persistencia de huellas de africanía, y en 1995 publicó que en las danzas de marimondas pervivían elefantes bámbaras y bamilekes. Las comparaciones que sistematizó en el libro *Fiestas* —ya mencionado— daban cuenta de un número tal de coincidencias estéticas y epistemológicas que resultaba absurda la tesis tradicional que igualaba a las máscaras de las marimondas con monos de distintas clases.

AMÉRICA NEGRA

El tercer eje en la vida profesional de Friedemann consistió en el combate a la asimetría entre los hemisferios norte y sur en cuanto a la difusión del conocimiento. Desde *Micronoticias Antropológicas* fustigó a los antropólogos extranjeros que no le devolvían al país siquiera parte de la información que habían acopiado en sus terrenos. En vez de lamentarse por la poca acogida que los afroamericanistas de América Latina y África tenían en las grandes revistas de los centros académicos del norte, se propuso crear vínculos sur-sur, hasta que en 1990 el médico Jaime Bernal, director de la Expedición Humana de la Pontificia Universidad Javeriana, acogió su propuesta de crear una revista que revelara los rasgos de la América oculta. Dentro de ese proyecto, los afrodescendientes, como es lógico, ocuparon una prioridad elevada, y en 1991 apareció *América Negra*. Hoy ya con quince números publicados, es innegable que la revista representa un hito para los diálogos sur-sur, tan escasos, pero siempre tan relevantes. De Friedemann murió supervisando el número 15 de la revista. La enorgullecía el que estuviera dedicado a Cuba y hasta en Santiago realizó una secuencia fotográfica sobre la virgen de la Caridad de El Cobre, deidad a la cual está dedicada esa edición. Gracias a *América Negra*, nombres de académicos como Kabenguele Munanga, Nicolás Ngou-Mvé o Rogelio Cristian Dikabo comienzan a hacer parte de la cotidianidad de muchos estudiantes latinoamericanos. Y por su parte Ginza e imbagala son nombres que —debido

11 1985. Bogotá: Editorial La Rosa.

a la misma revista— hoy ingresan a una perspectiva histórica acerca de la épica cimarrona en África, la cual no conocíamos, y de la cual hoy nos maravillamos.

Las voces de pésame y las palabras de condolencia que los editores de *América Negra* han recibido por parte de académicos de todos los puntos cardinales, me convencen de que la revista sí contribuye a forjar buena parte de los lazos que hoy unen a la comunidad de africanistas y afroamericanistas. Me he comprometido a asumir las tareas que hagan posible la continuidad de este último esfuerzo. Creo que será la forma más leal de asumir la responsabilidad a la cual me reta el ser legatario de muchas de las enseñanzas de la antropóloga de Friedemann. Sé que ese propósito tiene un enorme sentido gracias al fervor con el cual ustedes leen y difunden la revista, o escriben para ella.

Al reseñar la forma como Friedemann elaboró sus lecciones a lo largo de las tres líneas señaladas, no sólo me conmovió la magnitud de campos en los cuales se desempeñó, sino el carácter autodidacta de su formación. Sus lealtades familiares y el deseo de estar en muchos terrenos a la vez, entre otras razones, explican el que ella no hubiera realizado estudios formales de maestría y doctorado, en universidades cuyos profesores siempre manifestaron la voluntad de contarla entre sus estudiantes. Muchos de nosotros hablamos de nuestros tutores y directores de tesis como apoyos en la consolidación de nuestro pensamiento. De Friedemann alcanzó ese logro aprovechando, entre otros, los instantes fugaces que le ofrecían las reuniones internacionales a las cuales asistía. Libreta en mano, con el desparpajo que la caracterizó, no tenía inconveniente alguno en iniciar bombardeos de preguntas interminables, a aquellos connotados especialistas cuya consulta le brindaban esas oportunidades excepcionales. Siempre habló de la forma cómo una de esas charlas con Raymond Firth había moldeado su pensamiento sobre los troncos del litoral Pacífico. Luego, vendrían la correspondencia activa, la consulta de las obras sugeridas y la autoconfrontación en su estudio. Uno se estremece al recordar que fue en compañía de sus libros como desarrolló hipótesis tan innovativas como las referentes al contrapunto entre elite y folklore o al vínculo entre fiestas de carnaval y luchas pasadas por la libertad. El esbozo de esas nuevas ideas siempre dependió de una noción innegociable de lo democrático, pero nunca dejó de ser fuente de sorpresa.

Asimilar sus innovaciones jamás ocurrió de inmediato. Por el contrario, resultó de conversaciones prolongadas llenas de emotividad que me llevaron a reconocer en ella a *mi maestra*. La pasión que le infundía a las verbalizaciones de sus pensamientos, representa una ausencia insondable. Por fortuna la memoria atesora la vitalidad de sus expresiones, de modo tal que al repasar su obra uno puede infundirle a las frases los sentimientos que las inspiraron. Esos sentimientos tienen tres materias primas sobre las cuales me

permiso insistir debido a que sí son amenazantes para la política ortodoxa: el ejercicio profesional comprometido con la supervivencia de los pueblos étnicos, la reconstrucción de las huellas de africanía y las conversaciones académicas que superarán el monopolio ejercido por las grandes instituciones universitarias de las metrópolis del norte. Ninguna de las tres habría sido posible en ámbitos cuadrículados que antropólogos como Peter Wade identifican con el rigor científico. Las tres sí se deben a la magia que a Nina S. de Friedemann le inspiraron la saga del negro y la presencia africana en Colombia.